

## *Manuel Belgrano y la batalla de Tucumán*

Fernando Gómez

Museo Roca - UNGS - Instituto Ravignani-UBA/Conicet

Los aniversarios del nacimiento y de la muerte de Manuel Belgrano convocaron en el año 2020 a la recuperación de su figura y de su accionar. Cuando desde las múltiples agencias estatales se estaban comenzando a desplegar los principales proyectos, y se iniciaban las líneas de trabajo de otros tantos, la pandemia de COVID-19 impuso una serie de restricciones notorias. La cuarentena impulsada desde el Gobierno nacional tuvo distintas limitaciones a lo largo y ancho del territorio pero se estableció como norma la imposibilidad de generar reuniones multitudinarias. Así, quedaron rápidamente descartadas las posibilidades de generar actos masivos para recordar a Belgrano.

Para quienes nos dedicamos al análisis de la Historia, estos acontecimientos suelen ser trascendentes en tanto son indicativos de las evocaciones que el pasado sigue generando en el presente. En muchos casos, ese pasado evocado sigue episodios y anécdotas con relativa cercanía a lo que los historiadores conocemos de esos hechos, en otros aumentan las distancias hasta convertirse en una construcción lejana y distante de los consensos historiográficos. Dicha distancia suele estar presente en los saberes que con frecuencia circulan socialmente en torno a diversas personalidades en la medida que los relatos más conocidos tienden a homogeneizar y dar así una unidad de sentido a los recorridos biográficos que no se pueden verificar. Estas limitaciones de la biografía como registro de escritura de la Historia las marcó con profundidad el sociólogo francés Pierre Bourdieu en un escrito notable (1989: 27-33). Sus posturas han sido superadas en cierta medida por quienes las asimilaron y buscaron delinear un nuevo estilo biográfico

que atienda al contexto y a las naturales modificaciones que todo individuo sobrelleva en su recorrido vital. De todos modos, los planteos de Bourdieu siguen siendo muy útiles para comprender con certeza los problemas que emergen en muchos casos en los conocimientos producidos desde el sistema educativo o que circulan en ciertos *best sellers* de coyuntura. De todas formas, la explicación quizás más apropiada para comprender la distancia que marcamos no estaría tanto en los problemas específicos del género biográfico como en la voluntad consciente de las autoridades políticas de un tiempo histórico de construir una serie de héroes o próceres nacionales en el marco del establecimiento de una tradición nacional con un pasado glorioso.<sup>1</sup> Esta construcción lógicamente no es una particularidad de nuestro país sino que se puede observar en los diferentes estados nacionales que escribieron sus historias hacia fines del siglo XIX sin ahorrar en giros nacionalistas en tiempos en que aún no se conocían las derivas problemáticas que eso podía tener.

## **La batalla en el bronce**

Volvamos ahora a la Argentina y a Belgrano. Entre sus acciones más reconocidas encontramos tres que son ubicadas como cumbres: la creación de la bandera y las batallas de Tucumán y Salta. El izamiento de la bandera tuvo lugar un 27 de febrero para el acto inaugural de una batería dispuesta en la costa del río Paraná que intentaría detener a los enemigos. Dicho acto posteriormente sería ubicado como el primer eslabón en la historia de la bandera argentina y se conmemoraría en cada aniversario de la muerte de Belgrano, el 20 de junio, que pasó así a ser feriado nacional como Día de la Bandera, asegurando una celebración que no recayera en el receso escolar estival. Por su parte, las batallas de Tucumán y Salta ocupan el lugar más destacado en la trayectoria militar del General en las guerras que siguieron a la Revolución de Mayo. Justamente, como anticipa el título de este artículo, vamos a detenernos en el análisis del primero de estos dos enfrentamientos triunfales.

El primer gran biógrafo de Belgrano y notable impulsor de su figura, Bartolomé Mitre, se preocupó especialmente de esta batalla. Su trabajo minucioso con las fuentes lo dejó sin embargo ante una serie de acontecimientos particulares en los que el propio Belgrano no ocupaba el papel que Mitre esperaba. De este modo, más allá de ocultar esta problemática actuación, su resolución para interpretar la batalla se enfocó en el resultado y sus consecuencias:

1. Sobre este tema en particular son elocuentes otros artículos que componen este *Dossier*.

## *Manuel Belgrano y la batalla de Tucumán*

Lo que hace más gloriosa esta batalla fue, no tanto el heroísmo de las tropas y la resolución de su general, cuanto la inmensa influencia que tuvo en los destinos de la revolución americana. En Tucumán salvose no solo la revolución argentina, sino que puede decirse contribuyó de una manera muy directa y eficaz al triunfo de la independencia americana. (Mitre, 1978: 94)

Este enfoque sutil que logra salvar la incómoda actuación de Belgrano es dejado a un lado para ciertos relatos escolares. Así, por esos tiempos Juan María Gutiérrez publicó *La historia argentina al alcance de los niños*. Con Mitre, Gutiérrez había sido parte del movimiento literario e intelectual conocido como Generación del 37, y rector de la Universidad de Buenos Aires entre 1861 y 1873. Su pequeña obra tuvo un éxito rápido, en 1883 ya contaba con ocho ediciones. El compendio se detiene especialmente en la personalidad del: “virtuoso general D. MANUEL BELGRANO, uno de nuestros más esclarecidos compatriotas” (Gutiérrez, 1883: 158). El pasaje específico que sintetiza la batalla de Tucumán merece ser citado en extenso:

El enemigo, orgulloso y resentido, atacó á nuestro ejército en la madrugada del 24 de Setiembre en las cercanías de la ciudad de Tucumán; pero fue recibido con una brillante carga a la bayoneta, mientras el general Belgrano en persona, al frente de la caballería, tomó la retaguardia al enemigo, y después de un reñido combate lo derrotó completamente obligándolo á retirarse en la misma dirección que había traído. Tal fue la victoria de Tucumán. (Ibidem: 124)

A estas miradas se solía añadir —en algunos escritos— que la resolución de presentar el combate fue propia de Belgrano, quien intuyó que las probabilidades de éxito estaban dadas y, por lo tanto, no dudó en dejar a un lado las directrices que le habían llegado desde Buenos Aires que indicaban retirarse a toda marcha y no volver a presentarse en un campo de batalla. Como ha resultado con diversas narraciones de Bartolomé Mitre, estas interpretaciones alrededor de la batalla de Tucumán se impusieron a lo largo de la historia, aun cuando son importantes los reparos y contrapuntos que han tenido. Vayamos ahora a explorar la batalla a ras de suelo.

### **El camino hacia la batalla**

Manuel Belgrano se hace cargo de la dirección del Ejército Auxiliar del Perú a fines de marzo de 1812. En las cartas que redacta al conocer el estado de las fuerzas transmite una preocupación notoria por las deserciones, la fal-

ta de recursos y la impericia de los soldados que se mantienen en el cuerpo. Se trataba ciertamente de un ejército reconstruido luego de una batalla en la que había sido plenamente desarticulado. Recordemos que el gobierno que emerge en Buenos Aires el 25 de mayo de 1810 pocos días después dispone la conformación de un Ejército Auxiliar del Perú que partiría con el objetivo de asegurar el control político hacia el norte de la jurisdicción del Virreinato del Río de la Plata para, de ese modo, asegurar también el control económico de la zona minera que marcaba el pulso económico de toda la región. Esa expedición transcurre con conocido éxito hasta el revés militar en el límite con el Virreinato del Perú, en la batalla de Huaqui el 20 de junio de 1811. A esta derrota siguió un desbande inusitado que marcó el descalabro del ejército enviado desde Buenos Aires, a duras penas recompuesto mucho después con el fin de asegurar una retirada con lo mínimo que se había podido salvar (Rabinovich, 2017).

El General en Jefe enemigo, José Manuel de Goyeneche, se instala en la zona minera y dispone la persecución de los vencidos por parte de una fuerza encabezada por el Mayor General Juan Pío de Tristán y Moscoso. Mientras tanto, luego de reemplazar a Pueyrredón en el mando del ejército, Manuel Belgrano decide continuar la retirada agregando en Jujuy un elemento propio de la guerra de recursos como fue la disposición de dejar a su paso campo arrasado para evitar que el enemigo encontrara provisiones y, así, aminorar su marcha. Esta política, que luego sería elevada a un sitio heroico y titulada como “éxodo jujeño” tuvo que ser desplegada con el respaldo de las armas ante las posibles resistencias por parte de los pobladores que perdían buena parte de sus bienes agrícolas.

En agosto de 1812, Belgrano deja entonces atrás Jujuy y avanza con premura hacia el sur, casi sin detenerse en Salta. El enemigo se acerca y lo acecha, una avanzada del ejército limeño toma contacto con la retaguardia y se apodera de algunas piezas de artillería por lo que Belgrano se dispone a enfrentarla, superándola en número en las cercanías del río Las Piedras. La escaramuza tiene un resultado favorable que igualmente no cambia los planes, el retroceso continúa a toda marcha. Tres leguas más hacia el sur arriban a la conocida posta de Yatasto. Pasando la posta, el camino se bifurca: por la derecha hacia Tucumán y por la izquierda directo hacia Santiago del Estero. Belgrano no duda y continúa hacia Santiago deteniéndose en La Encrucijada de Burruyacu. Desde ahí manda al poco confiable Juan Ramón Balcarce hacia la ciudad de Tucumán con la instrucción de requisar todas las armas que se encuentren en la ciudad y los alrededores para aumentar el

arsenal del Ejército y evitar que caigan en manos enemigas. Sin embargo, no tiene éxito: el pueblo tucumano no está dispuesto a entregar las armas y caer sin más en manos del ejército limeño. Los relatos de los testigos varían en matices pero coinciden en resaltar que se conforma entonces una comisión encabezada por Bernabé Aráoz, Alcalde de segundo voto y líder de las Milicias de Caballería. Esta comisión se dirige a Burruyacu a parlamentar con Belgrano y expone su resistencia a las órdenes impartidas marcando la disposición y necesidad de resistir la toma de la ciudad por las fuerzas comandadas por Pío Tristán. Ante la negativa de Belgrano a estos planteos, la tensión de la conversación va *in crescendo* y, según un relato, los tucumanos suman incluso la amenaza de que el pueblo tucumano “dada la exaltación de los ánimos, no sería extraño que se sublevase, y lo hostilizase en su marcha” (De la Rosa, 1968: 404). Ante un grupo de oficiales, Belgrano da a conocer las órdenes impartidas desde Buenos Aires que implicaban la retirada, se analiza la situación y finalmente decide con el apoyo de la alta oficialidad aceptar la propuesta de la comisión pero solicitando una alta remuneración para el ejército (varían entre los 10 mil y los 20 mil pesos) y la participación plena de las milicias. Ambos pedidos son aceptados de inmediato y se comienza entonces a conformar velozmente un nuevo ejército reagrupando las fuerzas que venían en retirada con las milicias tucumanas.

El 11 de septiembre el ejército ingresa a la ciudad y comienzan los preparativos para resistir la invasión enemiga. Los talleres, las herrerías y las carpinterías fabrican armas sin descanso. Asimismo, se construyen trincheras en lugares estratégicos y se cavan fosos en los alrededores de la plaza. La milicia local es puesta bajo el mando de Balcarce, con quien comienza un raudo entrenamiento sin dejar de marcar sus diferencias con el resto del ejército. Belgrano reconoce esto último y vacila en modificar la dirección del cuerpo sacando a Balcarce del mando pero finalmente no lo hace y solo lo divide, retirándole buena parte de la caballería que queda así bajo el mando de José Bernaldes. En su biografía, remarca que no desplazó a Balcarce para “no descontentar” a la tropa y así “prudenciar las circunstancias”. Sin embargo, estos episodios marcan a Belgrano, quien indica como enseñanza que lo mejor es no reclutar a los paisanos para la guerra, salvo en casos de necesidad extrema (Belgrano, 2000: 569).

Mientras tanto, Pío Tristán continúa el avance, tiene la información del camino que ha tomado Belgrano en un principio y entonces se dispone a ingresar sin reparos en la ciudad de Tucumán. Sin embargo, el Coronel Agustín Huici, al mando de la vanguardia, cae prisionero en manos de un

grupo de paisanos que lo aprehenden y llevan a la ciudad. La noticia llega a Tristán quien negocia su liberación y advierte entonces que ha alcanzado finalmente al enemigo y elabora la posibilidad de rendir en forma absoluta al ejército de Belgrano para lo cual dispone un plan de acción que supone presentarse a la batalla por el sur para evitar la eventual retirada de su enemigo hacia Santiago del Estero.

## **El General Belgrano en el campo de batalla**

El 23 de septiembre por la madrugada el combate es inminente, Tristán se deja ver por el norte de la ciudad y Belgrano decide entonces que el ejército salga y forme en batalla en el Campo de las Carreras. Sin embargo, comienzan a llegar las noticias del rodeo que el enemigo efectúa y se realiza en forma apresurada un cambio en los preparativos armando la línea para el combate hacia el sur. Esta maniobra deja a Belgrano en cierta desventaja porque lo ubica en una zona más baja que el enemigo y además desconocida, puesto que no había realizado un reconocimiento del campo hacia esa dirección.

Los 1.600 hombres que comanda se disponen entonces en tres columnas de infantería, con la artillería intercalada y la caballería en las dos alas, a la derecha Balcarce y las milicias tucumanas, y a la izquierda el resto de los hombres dirigidos por José Bernaldes. Además de esta línea hay una reserva y un grupo nutrido en la plaza para resistir la ocupación.

Cuando la vanguardia del enemigo está al alcance de los cañones, el Barón de Holmberg —al mando de la artillería—, inicia el fuego comenzando la batalla sin esperar órdenes. Las fuerzas de Tristán no llegan a desmontar su artillería a tiempo y deben formarse apresuradamente. Mientras tanto, ante la primera detonación, Belgrano cae del “mansísimo caballo rosillo” que montaba. El estupor corre por la línea ante la noticia y se teme que haya sufrido una herida de bala hasta que se corrobora rápidamente que simplemente el caballo se asustó y tiró al General a la vista de todos (Paz, 2000: 32).

Comenzada la refriega, la caballería derecha carga y arrolla a la caballería enemiga y avanza desde el flanco. En su autobiografía, Belgrano le resta mérito a Balcarce indicando que no siguió sus órdenes de atacar frontalmente. Sin embargo, la maniobra de Balcarce no parece desacertada considerando que la habitual formación de lanzas y bayonetas que tomaban las infanterías hubiese sido muy difícil de superar por la caballería. De hecho, el éxito fue rotundo. Sin embargo, en la retaguardia las tropas de Balcarce dan con las vituallas de sus enemigos y comienzan a buscar el botín propio de estos

combates, desatendiendo así la consecución de la batalla. En ese momento se produce una invasión de langostas que aturde a todos y enrarece aun más las circunstancias. La infantería de Belgrano, liderada por Eustoquio Díaz Vélez, toma pertrechos y artillería enemiga y se repliega a la ciudad. Tristán se retira del campo de batalla y lo mismo hace el propio Belgrano.

Un breve tiempo después, Pío Tristán reúne a su ejército y se posiciona frente a la ciudad intimándola a rendirse. Por su parte, Belgrano se encuentra en las afueras y desconoce lo que ocurre en la ciudad. Presume que el resultado es incierto y es posible que la plaza haya sido tomada por el enemigo, por eso se sorprende cuando se encuentra con Balcarce quien le asegura que su operación fue un éxito. José María Paz indica que fue enviado a la ciudad a reconocer lo que ocurre. En el camino lo intercepta una partida de gauchos tucumanos que lo detiene hasta que finalmente lo libera ante su persuasión de las órdenes que está siguiendo.<sup>2</sup> Finalmente acude a la ciudad y se encuentra con Díaz Vélez, a quien relata la situación de Belgrano y la caballería. Luego sale de la ciudad en busca de Belgrano; cuando arriba a El Rincón de Marlopa, lugar donde se mantenía el General, ya es tarde, el capitán Apolinario Saravia le había comunicado a Belgrano la buena nueva. Sin embargo, Paz también lo hace. Recién entonces Belgrano se persuade de la situación favorable y se dispone a dirigirse a la ciudad con las fuerzas que reúne. Cuando se aproxima todavía está Tristán apostado en los alrededores. Desde las cercanías Belgrano continúa el intercambio que había comenzado Díaz Vélez y comunican a Tristán la voluntad de no rendirse al tiempo que lo intiman a deponer las armas y lo amenazan con ejecutar a los prisioneros si realiza alguna acción como el incendio intencional de la ciudad.

Finalmente, en la mañana del 26 el ejército limeño ya no está en las afueras. Su retirada hacia el norte termina de sellar la suerte de la jornada del 24. La batalla pasa a ser reconocida entonces como un triunfo, pero ¿un triunfo de quién? La participación de la caballería local es menospreciada por la infantería en los días que siguen, remarcando su falta de compromiso luego del embate arrollador que despliegan sobre la caballería de Tarija y la retaguardia enemiga. Por su parte, el propio Belgrano mantiene su encono con Balcarce, pero no encuentra una explicación técnica para justificar el triunfo militar, la batalla ha sido caótica y su papel como General en Jefe ha estado muy lejos de las atribuciones que indican los manuales militares. Sin embargo, el resultado triunfal comienza rápidamente a encontrar una explicación potente y universal, como el propio Belgrano lo indica en un oficio al Triun-

2. Dando crédito a las amenazas que vimos que indicó la comisión negociadora, Paz relata en sus memorias que su hermano sufrió un episodio similar e incluso le habían comenzado a quitar las ropas hasta que fue auxiliado por otros oficiales del ejército. Ver Paz (2000: 43-44).

virato que gobernaba desde Buenos Aires “a todos parecía que la mano de Dios los dirigía para llenar sus justos deseos” (Belgrano, 2000: 423).

La presencia divina fue vinculada asimismo con la protección de la Virgen de la Merced, puesto que el 24 se realizaba su celebración. Esta guía y protección divina fue compartida por las tropas y por el pueblo tucumano que también atribuyó el triunfo a un “milagro de la Virgen de las Mercedes” (De la Rosa, 1968: 417). Belgrano no dudó en potenciar estas creencias y un mes después, cuando se pudo realizar la celebración de la Virgen de la Merced esperó a que la procesión pasara por el Campo de las Carreras donde había tenido lugar la batalla y en una acción que sorprendió a todos los presentes se dirigió hacia la imagen, solicitó que la bajaran de las andas y le ofrendó el bastón de mando del ejército. Luego la levantaron en andas y continuó su marcha. En una conocida mención, José María Paz indicó que el momento despertó la emoción de los presentes.

La conmoción fue entonces universal; hay ciertas sensaciones que perderían mucho queriéndolas describir y explicar; al menos yo no me encuentro capaz de ello. Si hubo allí espíritus fuertes que ridiculizaran aquel acto, no se atrevieron a sacar la cabeza (Paz, 2000: 61-63).<sup>3</sup>

3. Para un análisis sobre la dimensión religiosa de la guerra, ver Ortemberg (2012).

## **Epílogo**

Una de las particularidades de la batalla de Campo de las Carreras, luego conocida como batalla de Tucumán, es que sus acciones fueron narradas con variaciones por múltiples testigos; a ello se sumaron las anécdotas y construcciones posteriores que circularon en el ejército, pero sobre todo en la ciudad de Tucumán. En buena medida las perspectivas disímiles tienen que ver con el desarrollo caótico de la contienda.<sup>4</sup> Sin embargo, el consenso en torno a la participación del General Belgrano indica su poca trascendencia en las acciones. Sin dudas, esto no es de extrañar si tenemos en consideración que él mismo advierte en sus memorias que no conocía el arte de la guerra al momento de ser designado líder militar.

Hasta aquí, podría pensarse este trabajo como parte de los relatos llamados a “desmitificar” la actuación de los próceres en la medida en que, por lo expuesto en estas líneas, Manuel Belgrano tuvo una actuación plagada de contratiempos en la batalla cuyo resultado fue el más positivo en su carrera de armas. En ese sentido, los intentos por ubicarlo como un “virtuoso General” que vimos al comienzo no parecen tener demasiado respaldo y se

4. En la investigación para la Tesis de Doctorado hemos analizado cerca de veinte relatos de testigos que introducen matices. Debido a la extensión y su objetivo, en este artículo hemos acotado las citas con los testimonios de la batalla, reservándoles un lugar ilustrativo. Para las particularidades de las fuentes sobre la batalla y la problemática “visibilidad horizontal”, ver Rabinovich (2009: 10 y ss.).

vuelve razonable el rodeo que realiza Mitre para retratar a su biografiado en estas circunstancias. Sin embargo, en una línea valorativa se podría ver con cierta positividad el altísimo grado de percepción política que Belgrano despliega en dos momentos clave: por un lado, antes del enfrentamiento cuando resuelve desobedecer las órdenes superiores luego de analizar los problemas que implicaba seguir las a rajatabla y, por otro lado, luego de la batalla cuando decide impulsar en forma decidida la interpretación de la mediación divina en el resultado positivo que obtienen las fuerzas que comandaba. El poderoso sentido que otorga la dimensión religiosa es significativo en la medida en que aglutina creencias e identidades comunes entre una tropa que se caracterizaba por su diversidad de origen.

De todos modos, quizás el punto más interesante desde el cual analizar la actuación de Belgrano y la batalla de Tucumán no sea ninguno de los antedichos. Es decir, no sea a través de un prisma valorativo de la propia actuación del General en Jefe, sino situando con la mayor escrupulosidad posible el contexto particular en el que tiene lugar. En este sentido, no dejan de ser problemáticos y evidentes diversos tópicos que se relacionan directamente con los avances historiográficos vigentes. Entre ellos, podemos destacar cuatro que son notorios: en primer término, las implicancias de la guerra de recursos que tiene lugar en la medida en que los ejércitos que avanzan están lejos de garantizar la cadena de abastecimientos y la consiguiente importancia de la autodefensa local para evitar el saqueo. En segundo orden, la dimensión civil de la guerra que se desencadena luego de la Revolución de Mayo en la medida en que los contendientes (oficiales y tropa) son en su mayoría americanos disputando por el control político y económico de regiones singularmente sustanciales. En tercer lugar, la importancia de la religión para generar una identidad común en un ejército constituido por una tropa que reconoce diversas pertenencias pero prioritariamente se referencia con su ciudad de origen como la patria a la que se deben (Gómez, 2015). En cuarto lugar, desde la historia de la guerra, queda en clara notoriedad que la caballería está llamada a ser un eslabón sustancial de los ejércitos en el Río de la Plata, a diferencia de lo que sucede en Europa, donde sus cargas son neutralizadas por formaciones de infantería disciplinadas. Para volverse eminente, la caballería tiene aún por delante un largo proceso de entrenamiento y la necesidad de admitir que las armas de fuego no van a ser su principal baluarte en tiempos en que no se conoce la retrocarga y menos aún la repetición.

Estas aristas merecen un análisis pormenorizado y, como señalábamos, se sitúan lejos de la necesidad de reivindicar o denostar a un líder puntual. En definitiva, esos objetivos ya no forman parte de la agenda de los estudios históricos, aun cuando los pliegues de su resonancia estén presentes en las evocaciones sociales del pasado.

## **Bibliografía**

- Belgrano, M. (2000 [1855]). Autobiografía del General Belgrano. 3ª parte – Batalla del Tucumán 1812. Copia tomada de una copia tomada del original. En Paz, J. M. *Memorias póstumas de José María Paz*, Tomo 1. Buenos Aires, Emecé.
- Bourdieu, P. (1989). La ilusión biográfica. *Historia y Fuente Oral*, N° 2, Memoria y Biografía.
- De la Rosa, M. (1968). Tradiciones históricas de la guerra de independencia argentina. En Aráoz de Lamadrid, G. *Memorias del general Gregorio Aráoz de La Madrid*. Buenos Aires, Eudeba.
- Gómez, F. (2015). Conflictos religiosos y adhesiones políticas en la guerra revolucionaria. La retirada del Ejército Auxiliar del Perú en 1811. *Folia Histórica del Nordeste*, Instituto de Investigaciones Geohistóricas (IIGHI), N° 23.
- Gutiérrez, J. M. (1883). *La historia argentina al alcance de los niños*. Buenos Aires, Imprenta y Librería de Mayo.
- Mitre, B. (1978 [1859]). *Historia de Belgrano y de la Independencia Argentina*. Buenos Aires, Eudeba.
- Ortemberg, P. (2012). Las Vírgenes Generales: acción guerrera y práctica religiosa en las campañas del Alto Perú y el Río de la Plata (1810-1818). *Boletín de Historia Argentina y Americana "Dr. Emilio Ravignani"*, 3ª Serie, N° 35. Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras, UBA.
- Paz, J. M. (2000 [1855]). *Memorias póstumas*, Tomo 1. Buenos Aires, Emecé.
- Rabinovich, A. (2009). La gloria, esa plaga de nuestra pobre América del Sud. Ethos guerrero en el Río de la Plata durante la Guerra de la Independencia, 1810-1824. *Nuevo Mundo Mundos Nuevos, Debates*. París.
- . (2017). *Anatomía del pánico. La batalla de Huaqui, o la derrota de la Revolución (1811)*. Buenos Aires, Sudamericana.